

HACIA UNA TIPOLOGÍA DE LAS TRADICIONES VERBALES POPULARES

La lingüística de la actividad verbal, de la *energeia*, como la proponía Guillermo de Humboldt y la expuso magistralmente Eugenio Coseriu en su clásico *Sincronía, diacronía e historia* (1973), es una disciplina difícil de concebir y más aún de practicar, en cuanto que los aparatos conceptuales comunes en la lingüística corresponden, no a la consideración de la actividad, la *energeia*, sino al estudio del *ergon*, al estudio de la lengua en cuanto producto. Se recogen datos, se elaboran catálogos y clasificaciones, se operan sobre ellos cálculos, tanto cualitativos –el análisis de pares mínimos, los soñados algoritmos de la lingüística formal– como cuantitativos –la estadística lingüística–, y se sacan conclusiones a propósito de las características y propiedades de la *lengua*, es decir, de la abstracción del conjunto de decenas, cientos o miles de expresiones individuales, o *hablas* particulares, convertidas en datos, en realizaciones u ocurrencias de un sistema lingüístico que se considera las precede y las conforma. Pero la lengua es ante todo actividad; antes del producto recogido está la actividad verbal de los hablantes, que lo produce; sin embargo, construir los instrumentos conceptuales para una lingüística de la *energeia*, de la actividad, no es fácil¹; no se trata

¹ Lo que ya hacía notar DELL H. HYMES desde la década de 1960: “In any case these approaches tend to stay within received bodies of linguistic data rather than to move outward into the exploration of speech behavior and use. Such exploration is essential, whether one is concerned with semantics delimited as dealing with designation and intension, or whether one is concerned also with what one might then term «pragmatic meaning», as the ethnography of speaking must be” (“The ethnography of speaking” [1962], en *Readings in the sociology of language*, ed. Joshua A. Fishman, Mouton, The Hague-Paris, 1970, pp. 103-104).

solamente de recoger, con una grabadora e incluso con una cámara de video, las expresiones del hablante cuando habla; se trata de entender la actividad verbal en sí misma.

Antes de construir los instrumentos conceptuales necesarios para estudiar la actividad verbal hay que dejar bien claro que una lingüística de la *energeia* no es una versión en espejo de la lingüística del *ergon*; es descriptiva, pero no tiene por objeto una descripción de la misma clase que la que produce la lingüística descriptiva; en cambio, su dimensión teórica da sentido a la lingüística del producto y propone una epistemología que supera las limitaciones estructuralistas y formalistas.

Uno de los instrumentos conceptuales que sirven para elaborar una lingüística de la *energeia* es la idea coseriana de que la lengua es un *saber*: antes del mero hablar de una persona hay un *saber hablar*; el sistema forma la parte básica del saber, pero éste es un hecho concreto; el saber hablar se transmite de unos hablantes a otros: de padres a hijos, entre amigos, en la actividad verbal en el barrio, en la escuela, en la lectura, en la escucha, en la educación. El saber hablar es una tradición, una *entrega* del saber social de la lengua, como reza la etimología del vocablo. Cuando se aprende a hablar no se aprende el sistema lingüístico en abstracto; se aprenden las costumbres verbales de los padres; se recibe la tradición del hablar. Toda tradición verdadera es vigente; no es un conjunto de costumbres fosilizadas, repetidas automáticamente y sin renovación posible, que es como muchos piensan las tradiciones (o como les gustaría que fuera a los llamados “tradicionalistas”); por el contrario, toda tradición supone el cambio, la innovación, tal como la vida supone la experiencia de acontecimientos nuevos, que se asimilan a experiencias pasadas para poder adaptarlos y adaptarse a las condiciones presentes.

La lengua es, dice Coseriu, un “saber hablar según la tradición de una comunidad”². La tradición del hablar es un conjunto complejo de técnicas discursivas, manifiestas, en el *ergon*, en *esquemas* formales y semánticos, acerca de los cuales trata esta investigación. En todas las lenguas, incluso en las de aquellas comunidades que tienen una estructura social sencilla –en comparación con la nuestra–, como las amazónicas, el saber hablar consiste en conocer las técnicas discursivas pertinentes

² *Sincronía, diacronía e historia: el problema del cambio lingüístico*, 2ª ed. rev. y corr., Gredos, Madrid, 1973, p. 45.

a las distintas funciones sociales que tiene la lengua. Una lengua sirve para constituir la comunidad, para vehicular la necesaria participación de sus miembros, para informarlos de las experiencias individuales, para simbolizar las relaciones que se establecen entre ellos, para significar sus esfuerzos de trascendencia. Cada una de esas funciones va desarrollando, al paso del tiempo, las técnicas discursivas que vuelven informativas y pertinentes sus expresiones verbales. Así nacen las tradiciones discursivas³ que aprenden sus miembros y que constituyen su saber hablar. Técnica y tradición discursiva son inseparables y se alimentan una a la otra.

Las tradiciones discursivas pueden dividirse, primeramente, en dos categorías: tradiciones cultas y tradiciones populares⁴. Las tradiciones cultas se reciben por la educación mediante la lectura y la enseñanza escolar y universitaria. Obedecen a la valoración que hace una sociedad de las funciones de la lengua que traman su vida política, jurídica, cultural y científica. En el caso del español, se han venido construyendo a lo largo de poco más de diez siglos en la literatura, la historia, la jurisprudencia, las ciencias, las técnicas, la filosofía, la religión, etc. mediante sus respectivas tradiciones particulares. Las tradiciones populares, constituyentes de la espontaneidad de la vida diaria y de las relaciones grupales e individuales, se transmiten sobre todo en la conversación, en los diálogos inmediatos en los barrios, en los pueblos, en las ciudades; tienen sus raíces en la misma historia de la lengua, a la que también nutren, pero proceden de las prácticas espontáneas del hablar y se aclimatan en las culturas locales, de las que toman su variedad y su colorido; no son exclusivas del analfabetismo o de la falta de educación formal, como a veces se piensa, sino que son tradiciones del diálogo entre personas, cualquiera que sea su condición social. Unas y otras, tradiciones cultas y populares no son por eso variables sociológicas automáticamente correlacionables con el ingreso, la educación, o las demás variables sociales que interesan a la sociolingüística; en todo caso, son más bien parámetros de medida de las diferentes características sociales de las personas. Las tradiciones cultas han sido

³ El concepto de tradiciones discursivas procede de BRIGITTE SCHLIEBEN-LANGE, *Traditionen der Sprechen*, Kohlhammer, Stuttgart, 1983.

⁴ Véase mi libro *Lengua histórica y normatividad*, El Colegio de México, México, 2004.

siempre objeto de estudio de la lingüística, de los estudios literarios y, más modernamente, del análisis del discurso; las populares, aunque hoy interesan a múltiples investigadores⁵, no se conciben en cuanto tradiciones, sino en cuanto a su carácter (sincrónico) coloquial o conversacional, que se integra en el paradigma estructuralista de la dimensión diafásica de la lengua –heredado, paradójicamente, del mismo Coseriu–, o en el llamado análisis conversacional, proveniente de la antropología y la sociología⁶; para esta clase de estudios, las expresiones verbales que aquí interesan son solamente la manifestación de las variables conversacionales que investigan, por lo que no sólo se disuelve la actividad verbal en sus condiciones de producción, sino que la noción de tradición verbal no forma parte de su horizonte epistemológico.

Desde hace dos siglos han sido los estudios del refrán, la lírica, el corrido, el caló o el albur, los que se han interesado por las tradiciones verbales mexicanas. Estas tradiciones, que en México dominan el imaginario colectivo cuando se trata de identificar “lo propiamente mexicano” –un fenómeno ideológico largamente cultivado hasta llegar al estereotipo caricaturesco que difunden cine y televisión–, han sido objeto de refraneros y diccionarios hechos por aficionados, como *Picardía mexicana*, *El chingolés*, el *Chingonario* e incluso el reciente *Diccionario de mexicanismos* de la Academia Mexicana⁷. Registros valiosos, unos más, otros menos, carecen de una concepción adecuada de las tradiciones verbales populares y paradigmatisan exclusivamente su vocabulario –en los dos significados del vocablo: los vuelven ejemplares y los sacan de contexto–, sin tomar en cuenta los esquemas semánticos que lo producen y, sobre todo, sin comprender que el sentido de las expresiones populares no puede abstraerse de su contexto pragmático.

En este breve estudio me propongo ofrecer una primera tipología semántica del léxico de las tradiciones verbales popula-

⁵ Por ejemplo, ANTONIO BRIZ, *El español coloquial: situación y uso*, Arco/Libros, Madrid, 1996 y *El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmatología*, Ariel, Barcelona, 1998.

⁶ Por ejemplo en H. SACKS, E.A. SCHEGLOFF y G. JEFFERSON, “A simplest systematics for the organization of turn-taking in conversation”, *Lang*, 50 (1974), 696-735; E. A. SCHEGLOFF, “Sequencing in conversational openings”, *AA*, 70 (1968), 1075-1095.

⁷ La lírica y el corrido, afortunadamente, han dado lugar a valiosos estudios, por ejemplo, de Vicente T. Mendoza y de Margit Frenk.

res mexicanas, que forma parte central de sus técnicas discursivas. Valiosos antecedentes son los artículos de Margit Frenk, "Designaciones de rasgos físicos en el español de México"⁸, y de Juan M. Lope Blanch, "Un sistema de numeración festivo"⁹ y "Algunos juegos de palabras en el español de México"¹⁰, junto con su *Vocabulario mexicano relativo a la muerte*¹¹. Antecedentes para ambos fueron, entre otros, los estudios de Jan Moravsky, "Les formules rimées de la langue espagnole"¹² y de Max Leopold Wagner, "Über die verblümete Ausdruck im Spanischen"¹³, el libro de Werner Beinhauer, *El español coloquial*¹⁴, publicado por primera vez en alemán en 1929, y "Designaciones de la cabeza en la América española"¹⁵ de Kurt Baldinger.

Las tradiciones verbales populares se comunican mediante ciertas técnicas discursivas para el diálogo, para la lírica, para el teatro y el cine, para el caló, para el albur. El núcleo semántico de las expresiones verbales que crean reside en el vocablo, pero éste toma su significado solamente en el acto verbal y en el diálogo en que se produce, a diferencia del vocabulario de la tradición culta, cuya constitución polisémica tiene un amplio cuño social y, en consecuencia, se puede paradigmaticar, como lo hacemos en los diccionarios de lengua.

Desde hace algún tiempo he venido recolectando usos léxicos de la tradición popular mexicana en el diálogo, el caló y el albur. Combinando criterios tomados de las obras mencionadas y otros que los mismos datos llevan a proponer, se pueden tipificar las expresiones léxicas recogidas en los siguientes *esquemas de producción*:

1º. Sobre la base de la raíz o de un fragmento reconocible de la raíz de un vocablo, se modifica el final de la palabra, expandiéndola, ya sea mediante morfemas finales sin valor de sufijos derivativos socialmente acuñados, pero cuyos significantes se consideran generalmente despreciativos: *pelandrujos*

⁸ NRFH, 7 (1953), 134-156.

⁹ *Romanica europea et americana. Festschrift für Harri Meier*, Bouvier Verlag, Bonn, 1980, pp. 345-349.

¹⁰ LEA, 2 (1980), 219-243.

¹¹ UNAM, México, 1963.

¹² RFE, 14 (1927), 113-133.

¹³ ZRPh, 49 (1929), 1-26.

¹⁴ Gredos, Madrid, 1964.

¹⁵ ALM, 4 (1964), 25-56.

por pelados, *piruja* por puta, *jotingas* por joto, *Carlangas* por Carlos, *mochales* por mocho, *tequilopsis* por tequila, *leperuza* por conjunto de léperos, *ondiux* por onda, *Eduardiux* por Eduardo; o mediante el agregamiento del final de otra palabra, que produce el efecto de *dar a la palabra resultante el significado de la palabra base*: *cariñoso* por caro, *quintoniles* por quintos, *aguacate* por agua, *durazno* por duro, *cerbatana* por cerveza, *iguanas* por igual, *turca* por tuya, *orégano* por oro, *lechuga* por leche, *sitios* por sí, *niguas* por no, *polaca* por política, *frijol* por frío, *tunas* por tú, *porcelana* y *portafolio* en vez de por, *quelites* en vez de que, *ahí nos bemoles*, *ahí nos vidrios* por ahí nos vemos, *ya estufas* por ya estuvo, *ya establas* por ya estás y *on tablas* por *on tabas*, dónde estabas, *algodón* por algo. En la numeración se produce: *uñas* para uno, *duques*, *dedos*, *dulces* para dos; *tripas*, *triste*, *triques* para tres; *cinturas*, *circos*, *ciclos* para cinco; *sesos*, *Xerox* para seis; *sienes* para siete; *ojos* para ocho; *narices* y *nuera* para nueve; *dientes* para diez; *ciego*, *ciénegas* para cien y *milagro* para mil. En caló es también un procedimiento común: *cananea* por cana ‘cárcel’; *furrís* y *furriel* por fu ‘de mala calidad, digno de desconfianza’.

Este mismo esquema productor se expande a dos palabras en casos como *su servilleta* por su servidor, *bien portamonedas* por bien portado. Lope Blanch observa al respecto:

un poco más de complejidad reviste el proceso expansivo cuando la expresión ampliada está constituida no por una, sino por dos palabras, que se integran dentro del lexema único que las sustituye. Así, el reflexivo *se* y la forma verbal *va* pasan a formar parte integrante del sustituto ampliador *Sebastián*: “Ahí se va” se transforma en “ahí Sebastián”¹⁶.

Caso notable e importante de este esquema en cuanto a la frecuencia con que ocurre, es el del uso de topónimos o de nombres propios como medio para agregar una terminación a la palabra base; es un fenómeno ampliamente notado en todos los dialectos hispánicos y registrado desde los Siglos de Oro, como lo señalan Lope Blanch, Moravsky y Wagner: *Laredo* por lado, *Singapur*, *Zihuatanejo*, *Sinaloa*, *Simón*, *Cirilo*, *Silverio*, etc. por sí; *Nogales* o *Nicanor* para no, *Cristo* y *Cristóbal* por cinco, *Ochoa* por ocho, *Diego* por diez, *Serafín* por cero, *Feliciano* por feliz¹⁷, *Paganini*

¹⁶ “Un sistema de numeración festivo”, p. 345.

¹⁷ WAGNER registra este uso también en Cuba.

por el que paga¹⁸, *Durango* por duro, *Caifás* por cáete, *Federico* por feo (también en Cuba), *Acatlán* por el adverbio acá, *Toribio* por toro, *Lorenzo* por loco, *Yolanda* por yo, *Solórzano* por solo, *Miguelito* en vez de mí, *Zacatenco* en vez de zas o *Zacatecas* para sácate; así en oraciones como: ¿Te tomas un Huixquilucan? por ¿te tomas un whisky? Entre los clásicos, afirma Lope Blanch, en Quevedo, Tirso y otros autores, *Capadocia*, por capado, así como *Durandarte* por duro. Hay que notar cómo para escoger vocablos sustitutivos en muchos de estos casos se requiere una educación casi erudita, como en *Capadocia*, *Durandarte* y en ¿*Qué pasión según San Mateo?* para preguntar ¿qué pasó? El esquema llega a producir resultados tan complejos como: ¡*Qué Milán que de Jalapa Veracruz por Acapulco!*, para decir ¡qué milagro que te dejas ver por acá! o ¿*Qué Pasadena que no te dejabas Berlín por acuúcuiri?* En vez de ¿qué pasaba que no te dejabas ver por aquí?

2°. Hay casos en que, al revés, se conserva la terminación de la palabra base y se modifica el comienzo mediante un fragmento reconocible de una palabra o la palabra entera: *Putiérrez* por puta, *Featriz* por Beatriz.

3°. Moravsky¹⁹ reconoce otro esquema semánticamente productivo, que consiste en la elaboración de fórmulas rimadas consonantes, asonantes o aliteradas; en ellas, después o a veces antes de la palabra que lleva el peso significativo de la expresión, se agrega otra, ya sea que tenga significado o no lo tenga: *iguanas ranas* por igual, *nel pastel* por no, *is barniz*, e *is barniz tanguarniz* por sí, *okey maguey* como fórmula de asentimiento, *ontoy rentoy* como pregunta, *ya vas Barrabás* como exhortativo, *algodón de azúcar* por algo, *achis piajos* y *achis piachis*, *miachis que me canten los mariachis* para ampliar la interjección achis; *Sanseacabuche*, *panza de buche* por se acabó, ¡*ah Chihuahua*, *cuánto apache*, *cuánto indio sin guarache!* como interjección admirativa, *buzo caperuzo* para alertar a alguien, *calmantes montes*, *alicantes pintos*, *pájaros cantantes* para llamar a la calma a alguien.

Moravski encuentra en el español general, entre las fórmulas rimadas consonantes, como *pian*, *pianito*, *corre que te corre*, *brinca* y *brinca*²⁰, *cielo* y *suelo*, casos de asonancia: *a tontas* y *a*

¹⁸ Igualmente, WAGNER lo registra en Argentina y Ecuador.

¹⁹ Art. cit., p. 113.

²⁰ Esta clase de reduplicaciones *corre y corre*, *llora y llora*, etc. es común al todos los dialectos del español.

locas; aunque usuales en México desde mucho tiempo atrás, no he encontrado casos de asonancia y aliteración.

4°. Formación de expresiones complejas a partir de una palabra base que es, a su vez, sustituta de otra, de carácter eufemístico y sin relación de significado con la expresión ocultada: *abuelita de Batman* y *a Wilson* por a huevo, *me vale Wilson* por me vale madres o no me importa, *ni mais palomas* por ni madres, ni modo.

En estos esquemas, la creatividad opera sobre el significante de la palabra base. Lope Blanch señala que, gramaticalmente, las palabras así formadas o expandidas pueden pertenecer a casi cualquier categoría: pronombres, sustantivos, verbos, adverbios, interjecciones, preposiciones. En seguida paso a esquemas que operan sobre el significado de la palabra base:

5°. Eufemismos producidos mediante la conservación de una raíz reconocible: *mamerto* por mamón, *abuelita* por a huevo, *culeid* (Kool-aid) por culero, *fiebre carbonosa* por fiero cabronazo, *voy al Waterloo* por voy al wáter, *oler a rayando el sol* por oler a rayos, oler mal, *está cañón* por está cabrón, *chiflar a su máuser* y *Shanghai Sumatra* para chingar a su madre, así como *Zumárraga* por su madre, a la que corresponde la respuesta *la túrraga*; *miarbolito* para mear, *a la malagueña* en vez de a la mala. Se puede llegar a expresiones tan complejas como *Nicaragua Paraguay el Chile* en vez de 'No se le para la verga'.

6°. Metáforas: *la Pelona* por la muerte, *la Dolorosa* por la cuenta en un restorán, *la azotea* por la cabeza, una mujer puede tener *no malos pitones* o *estar bien puesta de pitones* por bellos senos, un *pocaluz* es un tuerto, los *aguacates* o los *tompiates* son los testículos.

7°. Formaciones neológicas a base de una raíz reconocible y la adición de otra palabra correspondiente a una experiencia determinada: *miercocteles* por miércoles, *dormingo* por domingo, *beviernes* por viernes; *aborrecencia* por adolescencia, *circoanálisis* por psicoanálisis o *despistemología* por epistemología, o compuestas por dos raíces yuxtapuestas, que comparten algún fonema: *abogacho*, *abogángster*, *amigovio*, *ladronde*.

8°. A estos esquemas productivos hay que agregar los más tradicionales del español en general, como son el apócope: *bici*, *prepa*, *uni*, *poli*, y el uso de sufijos intensificadores: *chingadazo*, *carajazo*, *guamazo*, *madrazo*. El habla revesada, característica del caló, se ha vuelto poco productiva: *is* en vez de sí, *choga*, en vez de gacho.

El hecho de listar los esquemas productivos de la tradición verbal popular y ejemplificarlos con voces sacadas de contexto, da la impresión de que todas estas formas se pueden entender por sí solas y, en ese caso, se pueden incluir en los diccionarios de lengua como el resto del vocabulario. Pero si uno pone a prueba el resultado, comprueba que no tiene sentido: por ejemplo: *dorolosa* no significa ‘cuenta de un restorán’, *vidrios* no es la primera persona del plural de un verbo *vidriar* que quiera decir ‘ver’, *chiflar* no tiene entre sus acepciones ‘chingar’ y *abogacho* no quiere decir llanamente abogado. Lo que sucede es que se trata de esquemas productivos que sirven al diálogo y están motivados por un espíritu lúdico, en parte por la ironía o hasta el sarcasmo, que son efectos de discurso. En cuanto realizaciones festivas, muchas veces espontáneas, de estos esquemas productivos del saber hablar, no se pueden tratar como vocablos de la lengua, paradigmaticables en artículos de diccionario. Así, si uno preguntara en la calle dónde queda la colonia Moretones, nadie sabrá responder o, en todo caso, dirán que no saben en dónde; pero cuando en un diálogo sobre las zonas de la ciudad en que uno ha vivido alguien responde “Yo en la *Moretones* tengo más años que...”, interpretará que se trata de la colonia Morelos. En una situación de diálogo relativamente respetuoso alguien puede utilizar la expresión eufemística “Váyanse a chiflar a su máuser”, *chiflar un máuser*, fuera de contexto, no tiene sentido. La respuesta a una acusación en un albur: “la turca porque la mirca ni te horca” sólo se comprende en ese contexto instantáneo.

Son las técnicas discursivas las que aprovechan estos esquemas, pero los resultados varían puntualmente y son fenómenos del saber hablar manifiesto en el habla. Entre las técnicas del diálogo popular está, sin duda, el juego festivo con las palabras: “¡a la de uñas, a la de dedos, a la de tripas!”, “¡cómprate unas cerbatanas bien elodias, pero tú te Caifás con la dolorosa!”, en el diálogo caló: “me metieron en cana, bato, al taris, al tarisbel, al cantón de los batos fu”; en el albur, para agredir a una persona: “Mucho busto, señora, ¿qué en nalgotras ocasiones no nos hemos conocido?” o para dar sentido al torneo verbal propio del machismo mexicano: “-Yo dije hasta la semama que entra- ¿y qué querías que hiciera, lagrimeártelo?”.

“La vida es un camote, agarre su derecha (y asegure su identidad nacional)”, escribió Carlos Monsiváis²¹, quien señala,

²¹ *Proceso*, México, 1984, núm. 392, 57-59.

en concordancia con mi tesis, que se trata de esquemas productivos relativamente aleatorios, generalmente festivos, cuyos resultados sólo pueden interpretarse en el contexto en que se producen y no se pueden tratar de la misma manera que el resto de los vocablos de la lengua, cuyo significado es relativamente fijo y de carácter designatorio: “¿Y si el albur es un mausoleo de la cultura oral que al delatarlo *Picardía mexicana* pasó de creación lingüística a repostería idiomática?” El albur, como los juegos verbales de que hace uso, no se puede fosilizar en una lista, no se puede volver receta; los resultados léxicos aquí mostrados no pueden, tampoco, darse como vocablos plenos de la lengua. Los juegos verbales forman parte del saber hablar, de la *energeia* y hay que respetar y admirar su espontaneidad y su libertad.

LUIS FERNANDO LARA
El Colegio de México
Miembro de El Colegio Nacional